

Trato de pensar cómo he llegado hasta aquí. No es fácil plantearte la muerte cuando más vivo estás, cuando más vivo te sientes. Quizás puede, no lo sé, que el hecho de plantearme la muerte es lo que me hace sentir tan vivo. Jamás pensé en ella con la intensidad que ahora lo hago, jamás me sentí tan vivo como ahora estoy.

Inequívocamente, la muerte y la vida, la vida y la muerte, tan antagónicas y tan necesitadas la una de la otra, se han presentado ante mí, quizá yo ante ellas, para convivir durante un tiempo en el mismo cuerpo, en mi cuerpo. Se muestran respeto conocedoras de sus posibilidades, la una sabiendo esperar con calma su momento, la otra, resignada pero feliz, sabiendo que aún le queda tiempo. En este caso no hay lucha entre ellas, saben ambas que los relojes están puestos, que las fechas están fijadas, y que nada, mucho me temo, va a alterarlo.

Es parte de la sinrazón del ser humano apreciar la vida con mayor intensidad, cuanto más cerca tenemos la certeza de su futura ausencia. Sólo apreciamos con verdadera justicia lo que no tenemos, lo que tiempo atrás fue nuestro y ahora no. Ahora es cuando más consciente soy, no de lo que no voy a poder vivir, sino de lo que pude vivir, y no viví, de lo que pude haber hecho y no hice, de lo implacable del tiempo, de su severidad, de no poder volver atrás ni tan siquiera unos segundos.

Cuántas cosas cambiaría, qué distinto hubiese sido todo, distinto a mejor, distinto a peor, no lo sé, es una duda que no tiene respuesta. Si cambiara tantas cosas como errores he tenido, está claro no estaría viviendo mi vida, habría vivido una vida paralela a la que he llevado, con otros aciertos, con otros errores.

He llegado a la conclusión, y más aún teniendo en cuenta en el momento en el que me encuentro, en el que necesito fuerzas y positividad, que gracias a todos los errores que he ido acumulando a lo largo de mi vida, todos, me han hecho llegar, me hicieron llegar a una conclusión, a la conclusión, al motivo por el cual hoy estoy escribiendo, y eso en cierto modo, mitiga la pena que siempre provoca mirar hacia atrás en el tiempo.

Cuando las circunstancias te han llevado a este punto, es inevitable que por tu cabeza pasen innumerables fotografías, frases, olores, en definitiva recuerdos, que traten de buscar el por qué ahora y no antes, o por qué no dentro de diez años o simplemente, por qué.

Ahora veo con claridad, donde estuvo el gran punto de inflexión que me trajo hasta aquí. Después de encontrarlo, después de reconocerlo sin ningún tipo de duda, después de tener la visión casi siempre acertada que te da la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que ese gran punto de inflexión está compuesto de otros tantos, de otras tantas decisiones que me llevaron hasta allí, hasta ese día en el que dejé de ser un cobarde, en el que dejé de mirarme con la complacencia que mis ojos me aportaban, para verme desde fuera de mí, con otros ojos, con otra perspectiva más real, más dura. Esos otros tantos puntos de inflexión, son los que me hacen ahora esbozar una sonrisa, recordando esas fotografías, esas frases, esos olores, esos recuerdos de los que estoy hecho, porque al final una persona es eso, recuerdos.

He llegado a la conclusión de que mis recuerdos no se pueden acabar conmigo, quiero que perduren más de lo que voy hacerlo yo. No quiero que nadie piense que estuve loco, que fui un aburrido, que de pequeño no tuve el suficiente cariño de mis padres, no quiero que nadie piense que nací raro, que me criaron mal, que fui monaguillo o que mi anhelo de adolescente fue ser misionero.

Lo hago porque sé que mucha gente intentará desprestigiarme o simplemente buscar una explicación diferente a la que es, a la que te contaré más adelante.

Cuanto más pienso en aquel día, más cuenta me doy de la importancia que tuvieron los anteriores. No hacen más que venir todos ellos a mi cabeza, sin orden, sin pausa, sin delicadeza, sin censura. Trato de poner orden, orden cronológico, no puede ser dar estos saltos en el tiempo. Trato de hilvanar todos esos grandes momentos, grandes por buenos o grandes por malos, en cualquier caso, grandes.

Es curioso pensar que llevo vivo treinta y dos años, que cada año tiene trescientos sesenta y cinco días, y no ser capaz de recordar apenas unos pocos de los doce mil que casi llevo ya vividos. Supongo que la culpa habría que buscarla en esta obscena obsesión que desde bien pequeños, tan sólo nos permite mirar hacia delante, como si el futuro nos fuera a enseñar algo que el pasado no nos pudiera mostrar con más claridad. Es ahora, algo tarde ya, cuando me doy cuenta de que el futuro estaba escrito en el pasado, que la respuesta al por qué la tenía el ayer, no el mañana.

¿Has intentado alguna vez saber cuál es tu primer recuerdo? A mí me cuesta, es más, creo que no soy capaz de hacerlo. Supongo que me haría falta mi madre en estos momentos para ayudarme con las fechas. A pesar de ello, me apetece fijar uno. Creo que el primer recuerdo que tengo es de unas vacaciones con mis padres y hermanos. Ahora dudo, no sé si me acuerdo de tantas veces que he escuchado esa historia o porque en mi cabeza consta como mía, me temo que es más por lo primero que por lo segundo, en cualquier caso, la haré mía, me apetece pensar que éste es mi primer recuerdo, por qué no.

Era verano, estábamos en una zona de playa de las muchas que tiene el sur de España, Mojácar. Mis padres habían alquilado un apartamento para todos, para los siete, mis cuatro hermanos, mis padres y yo. Recuerdo a mi madre agacharse para poder abrazarme, imagínate lo pequeño que era, no más de cuatro años. Aún recuerdo ese abrazo y esa batería de besos que mi madre me daba por toda la cara al verme escoba en mano barriendo la arena que dejábamos todos en la terraza. Aún recuerdo a mi madre decir – *¡Mira mi chico grande cómo ayuda a su madre!* –

y acto seguido me quitaba la escoba para barrer ella lo que yo, con más voluntad que tino, no era capaz de hacer por mucho tiempo que le dedicara. Mi madre contaba que no hacía otra cosa, según llegaba al apartamento me liaba a barrer el suelo de aquella terraza. Lo que seguramente ella no sabía, y quizá yo tampoco, es que esa era mi manera de reclamarla. Cogía mi cepillito, que era bastante más alto que yo, y me liaba a escobazos con la tierra que traíamos de la playa. No era una labor tan altruista como ella en aquel entonces pensaba. Acción—Reacción. Era coger la escoba y allí se plantaba mi madre siempre dispuesta a regalarme todos esos besos. Supongo que en aquella pequeña cabeza rondaba la idea de ganarme a mi madre como fuera, y eso de barrer la terraza, viendo los resultados, no estaba aún explotado por el resto de mis hermanos. Era tal el amor y la obsesión que tenía por mi madre, que sólo la quería para mí. Era tal el egoísmo que yo sentía hacia ella, que la vida me castigó con cuatro hermanos, cuatro competidores, cuatro caras más que besar, cuatro más a consolar en las caídas, en los disgustos, cuatro cuerpos más a los que abrazar, cuatro más con los que compartir el olor de mi madre, el que sólo ella tenía, el que jamás he vuelto a oler, y el que jamás querría que nadie tuviera, nadie excepto ella. Mi madre olía de una manera tan especial, tan sencilla, tan perfecta, que sólo el recordarlo me da paz, me consuela, me hunde en la nostalgia y a la vez me anima, me hace recordar lo indefenso que yo era y lo grande que ella me parecía. Qué castigo más grande fue tener que compartir semejante tesoro con mis cuatro hermanos, qué dura es la vida, cómo trata de enseñarte desde bien pequeño lo que de mayor necesitaras saber, y ahora me pregunto ¿no había otra manera menos cruel de haberme hecho entender que hay que compartir con los demás sin la necesidad de poner a mi madre como ejemplo? Sin duda me estaban dando fuerte, estaban dándome allí donde más dolía, me querían hacer aprender con lo que más amaba y aprendí, no se puede amar a los pájaros para luego meterlos en jaulas, no se puede amar y desear la exclusividad, hay que compartir. Me pregunto si hubiese tenido sólo un hermano, o incluso si hubiese sido hijo único, ¿me hubiese querido más mi madre? Ahora se que no,

no obstante esa pregunta casi me hizo odiar a mis hermanos durante mi infancia. Esa obsesión, ese amor casi enfermizo por ella, esa necesidad, esa obligación de compartir lo que más quería con ellos, puso sin yo saberlo, la primera piedra de uno de los pilares en los que hoy se sustenta mi forma de ver la vida. Mirando atrás, entiendes mejor lo que tienes enfrente.

Recuerdo la última conversación normal que mantuve con mi madre, sin que ella, yo, o los dos, acabáramos llorando o incluso tan tristes, que ni ganas de llorar nos quedaran.

– ¿Sí?

– ¡Hola mamá!

– Espera que bajo la tele – *nunca entenderé porque no la bajaba antes de coger el teléfono* – espera ¿eh?, ya estoy, ahora sí te oigo, dime.

– A ver bonita, ¿ya estas? – *de sobra sabía que no a pesar de que ella dijera “ahora si te oigo dime”, pero me gustaba decírselo* – ¡¡vaaaaamos!!

– Espera espera, ahora sí, es que no te oía. ¿Qué tal?, ¡que alegría! ¿Qué me cuentas hijo?

– Nada especial, que me he acordado de ti y me he dicho, voy a llamar a mi madre.

– Me parece muy bien hijo. Pues yo aquí, con un vídeo que tengo, haciendo un poco de tai – chi. He aprovechado que se ha ido tu padre hace un rato y me he puesto en el salón, es que cuando me pongo en la habitación no quepo, no es que no quepa, sino que no me encuentro, no sé, bueno con decirte que a veces siento que me falta hasta el aire y todo. No es que me falte el aire literalmente, sino que en la habitación, a ver como te lo digo....es más grande ¿sabes? No sé.

– Mamá, viví allí unos cuantos años ¿recuerdas?

– Ya, ya. Intento explicarlo pero no lo consigo, es que ni yo misma se explicármelo la verdad, es una sensación rara.

– Mamá, eso debe ser el feng shui, por eso no te ves.

– Será, ¿el qué has dicho?

– El feng shui.

– ¿Y eso qué es?

– Pues la orientación mamá, la energía de la habitación, que no es lo suficientemente buena y la del salón te va mejor.

— ¡Uy!, pues ahora que lo dices puede ser, ¿hacia dónde tiene que estar orientada?

— ¿La habitación?

— ¡No va a ser la antena!, la habitación hijo, la habitación.

— La verdad mamá no tengo ni idea. Lo del feng shui lo dije como gracia, por decir algo, es que habías empezado a coger carrerilla y se me vino eso a la cabeza para pararte. No obstante creo que el feng shui se refiere más bien a cómo debe estar orientada la ventana, la cama, pero no me hagas mucho caso porque

— Ya me has dejado con la cosa — *me interrumpió* — El salón mira hacia el noreste, y la habitación hacia...el sur diría yo. El salón da a un parque y la habitación tiene un bloque enfrente y debajo el súper — *mi madre sacando conclusiones es única, es capaz de empezar a desarrollar una idea, uniendo circunstancias y casualidades, y conseguir echarte a ti la culpa del asesinato de Kennedy* — ¡uy hijo!, esto empieza a encajar. ¿Tú no te acuerdas de que antes, raro era el día que no había que ir a buscar a tu padre al salón por la noche, porque se quedaba frito en el sofá?

— Sí que lo recuerdo, ¿y?

— ¿Cómo que y? Yo siempre le decía, Eduardo, no entiendo como puedes estar ahí en el sillón con esa postura, cuando podrías estar en la cama.

Eso es verdad, yo tampoco entendía a mi padre. El tío se quedaba ahí viendo la tele, te levantabas de madrugada a echar una meadita y veías a tu padre en el sofá, en un sofá de los de antes y no vayas a pasar ese detalle por alto, que por no incitar los sofás de antes, no incitaban casi ni a sentarse, con que imagínate tú a echar allí un sueño. El caso es que ahí te lo encontrabas con la única compañía que le aportaba aquel logotipo feo que antes ponían cuando se acababa la programación de la televisión, y todas las luces encendidas. Siempre me hacía las mismas preguntas, ¿cómo podrá dormir con esta luz? ¿Y con este ruido?, ¿y en esa postura?, ¿y con la boca abierta?, ¿no se despierta con sus propios ronquidos? ¿Es normal el frío que siempre hace en esta casa?

- Mamá, te veo llevando la cama de matrimonio al salón.
- Oye pues no te rías. Claro, con razón me decía que él estaba tan agustito, era el fenfui que tú dices.
- Feng shui mamá.
- Pues eso he dicho, fenfui.
- Que no mamá, feng shui.
- Bueno yo me entiendo.
- Si tú te entiendes, pero es que me estoy imaginando ahora cuando llegue papá, te vas a poner a explicárselo y adivina tú lo que acabarás diciendo. Feng shui, mamá.
- Fensui, que sí hijo que sí, ¿pero si es lo que he dicho? Fensui – *para que habré dicho nada pensé* – Fensui, ves lo que he dicho, pues antes igual – *lo dijo algo molesta* – de manera que si a él el salón le venía bien para dormir, a mí me tiene que venir bien para el tai – chi. Te voy a decir más – *sí, que duermes mal, pensé* – tú sabes que yo duermo fatal, va a ser cuestión de plantearme dormir unos días en el salón a ver qué tal.
- Ya sólo te queda negociarlo con papá, ¿le sigue gustando ver la tele hasta las tres de la mañana?
- Bueno para eso tenemos dos televisores, ¿no?, yo muchas veces la veo sola en la habitación y no digo nada, ¡uy!, mira, pues le estoy sintiendo entrar, se lo voy a decir – *en ese preciso instante me di cuenta que le estaba ofreciendo a mi padre en bandeja, otro motivo más por el cual desheredarme* – ya te contaré, bueno hijo que me alegra mucho que me llames, tú estás bien ¿no?
- Claro que estoy bien, haciendo las maletas prácticamente, dale un beso a papá, ya me contarás.
- ¿Y el perro?
- Bien también, bueno los años se le van notando un poco, pero por le demás – *no me dejó acabar*.
- Hola Eduardo, tu hijo Alex que ha llamado, que está bien y el perro también, porque el perro está bien, ¿no?
- Es lo que te estaba diciendo, que Roco
- ¿¿Qué le pasa a Roco??
- Nada, nada, que digo que ya se le empiezan a notar los años.

— ¡Qué susto! Nada Eduardo, nada, que Roco está bien también, ¿estás tonto!! ¿para qué nos asustas?

— ¡Pero si no te he asustado!, es que como estás hablando con los dos a la vez no te enteras. Bueno anda te dejo con tu tai—chi y con papá que creo que tienes que hablar con él.

— Fíjate, con lo del perro se me había olvidado hasta lo del “fen-fui”, ¡vaya susto que me has dado!, ya te contaré dónde acabo durmiendo. Bueno hijo cuídate, dice tu padre que un beso.

— Otro para ti y otro para él.

— ¿Qué dices?

— Que un beso para ti y otro para él.

— No te digo a ti hijo, es a tu padre que me está hablando desde la cocina y no le entiendo. Te voy a tener que dejar que no sé qué querrá, ¡qué inútil es este hombre de verdad!, ¡pues no se pone el otro día a hacerse un sandwich mixto y se me lía con los ingredientes! Que cuál ponía primero si el queso o el jamón ¿te lo puedes creer? Voy a tener que colgar que con tu padre en la cocina no estoy tranquila.

— No te preocupes mamá, te quiero, un beso.

— Yo también te quiero mucho y tu padre también, ¡pásate a comer el viernes!

— Que sí mamá.

— Dice tu padre que cuando te marchas a Nigeria.

— Dentro de diez días, aún falta.

— Te vemos el viernes entonces, ¡tráete a Roco!

Cómo me hubiese gustado ver la escena que se produjo después en mi casa, ¡que digo en mi casa!, en casa de mis padres, parece que la casa de tus padres nunca deja de ser tu casa, qué curioso.

o0o

Si echo la mente atrás no consigo recordar muchas más cosas de cuando era pequeño, y creo que no exagero si te digo que los siguientes recuerdos relevantes no los sitúo hasta que empecé a ir al instituto con catorce años. No me preguntes por qué, porque ni yo sabría a qué obedece, seguro que si me sentara con algún psicólogo acabaría

sacándose de la chistera algún tipo de trauma o de carencia afectiva de cuando fui pequeño, y me vas a permitir que te diga que nada más lejos de la realidad. No te voy a decir que haya sido el niño con la mejor infancia del mundo, pero sí que te puedo decir que la que yo tuve, la hubiese querido para mis hijos.

Sigo tratando de seguir hilvanando mis recuerdos, y efectivamente, salvo cuatro o cinco ráfagas de pasajes bastante intrascendentes, me planto como ya te dije, casi en los catorce, cuando empecé a ir al instituto, bueno, a formación profesional.

Qué difícil resulta empezar a estudiar en un sitio nuevo y encima, ser el más pequeño de todos los que allí estudian. Cuando tienes catorce años y otro dieciocho, hay una diferencia sustancial, y no lo digo sólo por poder pedir alcohol, conducir o entrar en determinados locales nocturnos, que también. Con esa diferencia de edad y por consiguiente de físico, es difícil no andar, sobre todo el primer año, medio acomplejado por todo: por la estatura, por los granos, por ese bigotillo ridículo que empieza a querer asomar en tu cara, por tus brazos y piernas aún de niño, por esa vocecilla que aún no acaba de cambiar por la de adulto y además, temeroso de las novatadas que más que verlas, has oído hablar de ellas, pero es más que suficiente para tenerte asustado durante todo el primer año.

El caso es que pasé aquellos años con los problemas de cualquier adolescente, pero con ninguno en especial que me pudiera diferenciar de los demás. Por aquel entonces ya empezaba a estar igual de salido, quizá algo más si cabe, de lo que lo he estado estos últimos años, y créeme que ha sido mucho. Ya me había dado mis primeros besos, mis primeros restregones, había tocado mis primeras culos, mis primeras tetas, las tetas, menudo problema, ¿Qué se supone que se debe hacer con ellas? A mí personalmente lo que me apetecía era estrujarlas, morderlas, en fin, cualquier cosa menos lo que tenía que hacer con ellas, que era tratarlas con delicadeza. Es que el binomio catorce años y tetas son muy difíciles de combinar. Tanta ecuación, tanto despejar la X, tanto logaritmo neperiano ¿es que no podría haber una clase donde nos pusieran un maniquí con tetas y los adolescentes pudiéramos ensayar con ellas? Alguien en el ministerio de

educación debería pensar sobre este aspecto, cierto es, que si el binomio catorce años y tetas es difícil de combinar, ni te cuento ministerio de educación y que alguien piense.

Entre tanta emoción, tanto descubrimiento y tanto sobeteo, la cosa acabó cayendo por su propio peso. Todas esas hormonas asalvajadas, toda esa curiosidad que parecía no tener límite, por fin se materializó en el que posiblemente fue, el peor polvo y uno de los mayores fraudes de mi vida. ¿Tanto esperar para esto? Imagino que no a todo el mundo le pasaría lo mismo. Yo tenía apenas quince años, creo que era Noviembre, hacia frío, mucho. Estábamos como siempre, dando una vueltecita, buscando ese rincón más o menos íntimo para sobarnos un poco cuando de repente, me encuentro en una casa baja donde no vivía nadie, en una especie de tendedero que daba a la cocina, donde estaba la caldera, apenas tres o cuatro metros cuadrados, yo, tumbado sobre ella, con mis pantalones por los tobillos, ella, con una pierna al aire y en la otra el pantalón, echados los dos sobre una esterilla de acampada que nos encontramos allí, junto con una mochila y algunos trastos más, muertos de frío, muertos de miedo, muertos de inexperiencia, deseando empezar aquello, no sé muy bien si por hacerlo por primera vez o por acabar cuanto antes.

Los nervios no dejaban que los cuerpos preparan los medios de los que disponen para facilitar la operación, la falta de humedad en su vagina, era sólo comparable a la falta de humedad de mi garganta. Las ayudas que tuvimos fue mi erección, pero que tampoco es algo de lo que me quiera vanagloriar pues por aquel entonces, me levanta así y me acostaba de igual manera. La otra ayuda fue que ninguno de los dos teníamos un condón, digo lo del condón porque con lo nervioso que estaba y con el frío que sentía, no se si me lo hubiese puesto encima a modo de chubasquero, o de bufanda, o echado a la boca cual chicle para mitigar la sequedad que tenía, o se lo hubiese puesto a ella, o quizá hubiese tratado de ponérmelo yo sin ni siquiera haberle quitado el envoltorio. El caso es que, pene en mano, traté de introducirlo, primero en la vagina, luego en el culo, más tarde intente hacer yo un agujero distinto a los que ella ya tenía de por sí, luego otra vez en el culo, luego un poco mas arriba, luego desviado a la derecha,